

BUENOS AIRES, LA EXPERIENCIA DESQUICIANTE

POR Mariana Santángelo y Gabriel D'Iorio

Esta Ciudad (pensé) es tan horrible que su mera existencia y perduración, aunque en el centro de un desierto secreto, contamina el pasado y el porvenir; y de algún modo compromete los astros. Mientras perdure, nadie en el mundo podrá ser valeroso o feliz.

Jorge Luis Borges, *El inmortal*

Una ciudad inestable y atroz reposa muda y quieta, dentro o debajo de las otras,
Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Galati*

1. Las representaciones y experiencias que los habitantes de la Ciudad de Buenos Aires tienen de su propia metrópoli no suelen vincularse, salvo raras excepciones, con prácticas cotidianas que tomen al Río de la Plata o su extensa ribera como espacio de sentido y referencia. La ciudad aparece pensada en tal gesto como un territorio cuyo emplazamiento topográfico parece establecer un hilo de continuidad más con la *pampa* y su horizonte sin mensura que con el ir y venir de las aguas rioplatenses. Es ya un lugar común

decir o escuchar que la ciudad creció dándole la espalda a su río. En este sentido, las construcciones y los corredores viales que corren paralelos a él no son otra cosa que parámetros indicarios de una realidad que tiene otras tantas maneras de comprobarse en las efectivas sensaciones de ajenedad y extrañeza que produce todo intento de tener una experiencia fecunda con *el río sin orillas*.

No tiene Buenos Aires una solución de su costa como la del vecino Montevideo, donde la playa está incorporada a la ciudad y ésta y sus artefactos van descendiendo armoniosamente hacia el agua. Menos aun el río funciona como lugar de reunión o como corazón urbano: lo sucedido con uno de sus afluentes más importantes —el Riachuelo en toda su extensión— da cuenta manifiestamente de este fenómeno. Ni lugar comunitario ni vehículo de progreso, el Riachuelo está allí ante todo como límite cultural y político que separa un adentro capitalino de un afuera conurbano; frontera en estado de descomposición incesantemente renovado, este afluyente marca en todo caso los *contornos* de una extraña comunidad hacia un interior que, separándose de esa gran serpiente urbana que creció concéntricamente a su alrededor, sueña despierta la alucinación del invernadero propio, el paisaje de una imparable inmunización de los restos de una patria industrial que, agazapada, todavía promete alguna acechanza.

El Río de la Plata por su extensión, por las características urbanas y culturales que forjaron nuestros modos de dialogar existencialmente con él, ha denegado entonces el tipo de experiencia que un río de ciudad permite a sus habitantes: el tránsito entre sus orillas y el pasaje por puentes o accesos que comunicuen una ribera con otra. Quien lo hace, lo que logra —y debe usar un medio de transporte bastante particular— es quedar fuera del territorio nacional, de modo que nuestro río lejos de permitir esa práctica, es —él también— un río de frontera, una frontera extraña, una frontera sin orillas visibles, un horizonte metafísico que gobierna la mirada y reduplica la melancolía ribereña al señalar un afuera sin límites precisos y un adentro de frios y escasos amparos.

2.

Hasta hace algunos años pasear por la Costanera o por los terrenos colindantes al río (los pertenecientes al ferrocarril en Retiro, la zona fantasmática de la Casa de la Moneda o el lugar central de la Casa Rosada hacia el río, repleto de obstáculos que niegan el afán marino de ese Colón que pusieron a sus espaldas), era observar un clima desolador en el que no sólo se evidenciaban los pocos proyectos urbanos de incorporación del río a la ciudad sino un mapa de lugares antes productivos del que ahora quedaban poco menos que escombros o armazones vacíos y herrumbrosos. Pero ese paisaje comenzaría a modificarse desde 1989, cuando en una inusual estrategia el Estado decide actuar con capitales e inversores privados para “sanear” la zona y desarrollar la renta inmobiliaria del lugar con el temprano proyecto de Puerto Madero.

Este plan urbano que pretendía recuperar una vieja zona portuaria en desuso para la ciudad, a través del desarrollo de inmuebles residenciales y de servicios y de espacios públicos abiertos a todos, terminó siendo entregado a los sectores más enriquecidos de la sociedad que construyeron un conglomerado que se destaca y se distingue de otras zonas ya ricas, ya vulnerables de la Capital. Hasta ahora, el potencial comunitario y público de Puerto Madero ha sido bastante escaso, si es que en la idea de público y comunidad pretendemos incluir a algunos más que a los señores y señoritas que bajan a comer y esparcirse luego de una agotadora jornada en algún edificio de la City.

Pero hay algo más, algo que quizás se revele decisivo para todo pensamiento de lo común que se interroga sobre los efectos reales de este tipo de intervención y revalorización de la ribera porteña. Hay algo sombrío en el territorio elegido por el capital inmobiliario para llevar a cabo sus tradicionales especulaciones y sus negocios millonarios. Entre las luces de esta “nueva ciudad” que ahora le da la espalda a la vieja y de la cual parece querer desligarse para siempre como un lastre que no la deja circular por las tranquilas “aguas de la Libertad”³—en un movimiento que busca ahondar el mismo gesto que, tal como señalábamos antes, la capital durante décadas había intentado realizar respecto del cinturón humano que la rodea

20

más allá del Riachuelo—, hay algo que la corroe y, por añadidura, corroe a Buenos Aires toda: esta ciudadela nueva se alza cínica y espectacularmente frente a un río de muerte.

3.

El Río de la Plata es también, en su vastedad intimidante, un *cementerio húmedo* en que las marcas imposibles de la desaparición se agravan. El Río de la Plata es también, y quizás sobre todo, un depósito “húmedo” de cuerpos tirados desde el aire que difiere interminablemente la cicatriz comunitaria que todo pueblo puede hallar en sus cementerios y en los lugares que elige para sus muertos, sus héroes, sus víctimas, pues evitar criminalmente el *in-humane* significa nada más y nada menos que sustraer el basamento ineludible de toda idea de humanidad comunitaria.

Es preciso interrogarse entonces por los efectos de este cementerio ya que no se trata sólo de haberle dado la espalda al río: se han desconocido los rasgos mínimos de todo posible *ethos* al darle también la espalda a los cuerpos disueltos en la anchura física y metafísica del Río de la Plata. Es necesario preguntarse, además, si en ese gesto de tirar *clandestinamente* cuerpos inermes al río no se han disuelto también rasgos mínimos de toda estatalidad posible, toda vez que entendamos al Estado-Nación vinculado necesariamente a la estructuración de lo público, a la estabilización y emplazamiento de un territorio para la vida y la muerte en común. En efecto, ¿qué es lo que se niega cuando se reemplaza la materialidad de la tierra por la opción movediza y corrosiva de las aguas?, y más importante aun, ¿qué sucede cuando en las orillas de ese *cementerio imposible*, el mismo Estrado que *licúa* más de un rasgo de la propia estatalidad se desplaza impune para garantizar que el área se convierta en un lugar de “ingreso y salida de productos transables, servicios y personas” acordes a las nuevas necesidades del capitalismo global?

Es cuanto menos evidente que hay un diálogo opaco, siniestro y oscuro entre esas aguas y esa nueva forma de habitar esa ribera, sus habitantes y nuevos propietarios. Opaco, porque la *desmemoria* del río quizá no permita ver que esas aguas no hacen otra cosa que lavar

21

una derrota para que una cierta y victoriosa manera de habitar la orilla siga alzando y alzando su cuerpo cada vez más arriba. Sinistro, porque las *memorias* de ese pasado se tramitan en el trazado de una cuadrícula urbana aséptica, *limpia*, con calles cuyos nombres incluyen y celebran a reconocidas luchadoras sociales y políticas. Oscuro, porque ese nuevo cuerpo acomodado no puede entenderse sin la composición sombría y turbia de las aguas que lo bañan.

Resulta inquietante entonces observar cómo este aparentemente novedoso y progresivo espacio urbano cifra la tensión entre los *venecios* y los *ganadores* del proyecto dictatorial hasta efectuar una disolución aparente de todo conflicto y, concomitantemente, un *alisaniento* de toda rugosidad del pasado. De ahí que debamos preguntarnos: ¿qué significa recuperar *esa* ribera rioplatense?, ¿de qué modos han diluido sus agentes actuales la presencia de ese río para poder ahora festejarlo?, ¿qué tipo de *ethos* se ha establecido en esta particular reordenación del suelo respecto del río que tiene enfrente?, ¿cómo han cicatrizado esa herida siempre húmeda para habilitar una nueva forma de vida en común bastante diferente a la propuesta por aquellos que ahora forman su indecible lecho fluvial?

4. Los efectos de la *operación* Puerto Madero sobre los vínculos comunitarios son innumerables, se desplazan por toda la “ciudad vieja” impregnando a esa otra Buenos Aires que se debate entre un pasado que la aguarda en cada esquina y un presente que promete ropajes de novedad parcelada, protegida, de consumos gozosos. En este sentido, si Puerto Madero es el proyecto de una *ciudad feliz*, el sueño del invernadero propio de unas clases propietarias que buscan darle la espalda de una buena vez a la vieja ciudad para mirar extrañadas y de frente a *su* río —y con ello negar otras miradas sobre el carácter real de *nuestro* río—, la ciudad de Buenos Aires es la realidad de una *ciudad infeliz*, impotente, que estalla continuamente ante la exigencia desquiciante que imponen los mecanismos de “convivencia” líquida, dispositivos que reclaman el fin de toda rugosidad o solidez intempestiva, de cualquier mediación, de toda demora.

La impotencia de la ciudad vieja se revela, por un lado, en la dificultad misma de elaborar públicamente sus densas tradiciones y, sobre todo, su reciente y traumático pasado. Pero se observa aún más en su intento de negar las raíces del carácter perennemente conflictivo de la vida ciudadana. Expulsar el pasado y sus fantasmas, desterrar el conflicto y sus demoras, en suma, *mirar para adelante*, como lo hacen los nuevos propietarios de la ribera con *su* río, son las máximas nuevas de una Buenos Aires que, hecha de puros fragmentos, naufraga sin *proyectos comunes*.

Si esta exigencia nos resulta *desquiciante* no es tanto porque carezca de racionalidad: se trata, por el contrario, de una racionalidad que es preciso entender y enfrentar, una racionalidad que busca licuar, o mejor, *liquidar*, cualquier lazo que no sea el que propone la lógica metropolitana de los negocios turísticos e inmobiliarios, para la cual el único pasado posible es el que se puede transformar en mercancía cultural y el único conflicto aceptable es el que resulta pasible de ser tabulado como paseo para turistas desesosos de aventuras controladas.

Es en este punto que quizás sea necesario comenzar a elaborar una hipótesis de lectura sobre la relación entre estas “dos ciudades”, pues según nuestro modo de ver al olvido del *cementerio húmedo* sobre el que se levanta Puerto Madero es preciso añadirle hoy un pensamiento respecto de las eficacias mortuorias que lo conectan a la vida cotidiana de la vieja Buenos Aires: dicho aun más crudamente: para *nosotros* ya no es siquiera posible pensar en los *cuerpos* arrojados al Río de la Plata desligándolos de las *siluetas* impresas en el asfalto de nuestras prácticas ciudadanas.

5. Desde esta perspectiva quizá pueda entenderse la funesta intolerancia que, como reverso de la incapacidad colectiva para resolver problemas mínimos, expresa una existencia en común que no ha cesado de negar el estatuto de sus propios muertos y sobre todo, sus invisibles ligaduras con nuestra actualidad. Esta intolerancia reconoce hoy sus modos más crispados en los variados y diversos estallidos

microsociales que se producen sobre los territorios céntricos de nuestra ciudad, pero adquiere un tono singular en el sector de servicios de transporte público. En efecto, subtes, trenes, taxis, aviones, colectivos, estraciones, paradas, calles, oficinas, mostradores, terminales, son los escenarios bajo los cuales cotidianamente se despliegan unas violencias que, en nombre de la nueva y líquida figura del *usuario*, parecen expresar algo más profundo que aquello que superficialmente denotan. Pues no se trata simplemente de conflictos entre usuarios y trabajadores o de sucesos en los que se constata sin más el enfrentamiento abierto pero localizado entre las fuerzas del capital y del trabajo. Se trata de algo que consideramos aún más profundo por cuanto estos litigios públicos parecen expresar los oscuros *efectos* de una derrota política sobre cuyos restos se enfrentan hoy, furiosamente, trabajadores contra trabajadores.

La vieja ciudad de Buenos Aires resulta ser entonces una ciudad crispada, una ciudad intolerante especialmente con los vencidos —y con todos aquellos que osan hablar en su nombre en virtud de la fortaleza transitoria que pueda otorgarles el lugar estratégico que ocupan en el régimen de circulación de cuerpos y mercancías—. Quienes osan demorarse, parar, o, sencillamente, detenerse en la pregunta por la justicia distributiva, se enfrentan hoy al corazón mismo de la liquidez, cuya figura subjetiva, el *usuario*, otrora impensado y orgulloso ciudadano trabajador, no se reconoce ya fraternalmente hermanado a otro trabajador; ni desea cuestionar el victorioso gobierno *público-privado* de la empresa por la empresa, pues para aquel que se reconoce *naturalmente* usuario, el trabajador no puede más que un ser un enemigo, ya potencial, ya actual, lastre de un pasado que es preciso olvidar para que la ciudad ansiosa y vehementemente funcione, para que no deje *jamás* de funcionar.

Es por ello que junto al olvido del *cementerio húmedo*, junto a las visibles y monumentales arquitecturas que han pretendido negarlo, quizás debamos colocar otras construcciones, menos visibles tal vez pero no por ello carentes de soberbia y eficacia, que buscan ahora negar todo *resto activo* de la figura del trabajador, con sus relatos y

memorias, con sus derechos a la protesta y al amparo, con las tramas ciudadanas que solían producir esas memorias, esas protestas y esos amparos.

Conjeturamos pues que entre aquella licuefacción siniestra y real de los cuerpos que lucharon por otra configuración de la ciudad y la actual licuación simbólica de los trabajadores como clase, hay ligaduras que se expresan en conflictos que nos colocan ante la emergencia enloquecida de una nueva ciudad, la contemporánea ciudad con sus inviolables fragmentos territoriales, con sus recorridos tabicados para el *uso* y *consumo* de los turistas, en la cual el trabajador y su precaria autoconciencia representan, como hemos dicho, un lastre del pasado, tan parecido al lastre que suponía en un pasado no tan lejano la serpiente acechante del conurbano para una ciudad como Buenos Aires que buscaba emular espejos europeos; el mismo lastre, en fin, que hoy representa esta vieja ciudad impotente para esa nueva ciudad que resulta ser Puerto Madero y sus extensiones, ciudad erigida en las artificiales y fantasmales orillas del río sin orillas.

Se trata pues, menos de territorios comunes que de fragmentos de vida protegidos que desconocen toda vecindad en nombre del vecino, toda otredad en nombre del otro, toda libertad en nombre del hombre libre. Territorios subjetivos que anhelan borrar las marcas todavía húmedas de un pasado cuya solidez rozada y rugosa resulta necesario licuar y alisar para disfrutar fugazmente del ejercicio que por definición es lo opuesto a lo común: el consumo individual de cuanto objeto pueda costearse.

Notas

¹ La cita escogida no deja de tener algo arbitrario en función de los usos que aquí pensamos otorgarle. Martínez Estrada se refiere a la antigua ciudad, aborigen, bárbara, tenaz, que “añora por instantes” y nos provoca un profundo temor, ese “miedo a los campos que yacen bajo el pavimento, como si de pronto pudieran surgir hordas que nos pasaran a cuchillo”. En nuestro caso, esa otra ciudad reconoce otros orígenes que los postulados por el ensayista argentino, pero sabe también de los ecos estridentes del “pavor mortecino, húmedo, terrestre y antiguo que también brota al menor descuido”. Ver MARTÍNEZ ESTRADA, E., *La cabeza de Goliat*, Bs. As., Losada, 2001, p. 23 y ss.

² Los patéticos y racistas enunciados que se suscitaron en ocasión de la mediática apertura de un comedor comunitario en el corazón mismo de sus calles no son más que un síntoma de la idea de comunidad que asiste a sus habitantes.

³ La misma sensación deja el proyecto en construcción de esa primera ciudad completamente privada llamada NORDELTA. Un artefacto que no tiene ligazón con el territorio y que está pronto a despegarse de él. Lo náutico retorna como metáfora invariable de la moderna libertad comercial.

⁴ Con su habitual lucidez Juan José Saer conecta esta pretensión de borramiento con el seudónimo adoptado por el jefe del Grupo de Tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada, el Almirante Massera que se hacía llamar Comandante *Cero*: “Después de los fusilamientos en masa, de los prisioneros embrutecidos con pentoral y tirados vivos al mar o al Río de la Plata desde los aviones o los helicópteros navales, de las fosas comunes llenas de huesos calcinados, de las violaciones colectivas, del tráfico de recién nacidos, de los culatazos, de las exacciones, la extorsión, debía salir, a partir de *cero*, el nuevo mundo regenerado, sin memoria y sin conflictos.” SAER J.J. *El río sin orillas*, Bs. As., Seix Barral, 2006, pp. 196-197.

⁵ Esta dificultad se revela simonáticamente en el orden del *discurso político*: una ciudad como Buenos Aires, que ha tenido más de diez centros clandestinos de detención durante la dictadura, que construyó autopsistas, escuelas y plazas, para tabular lo público de un modo muy particular, será gobernada en breve por quien ha dicho durante la campaña a jefe de Gobierno que el último sujeto que la ha pensado fue justamente el intendente de la dictadura, el Brigadier Cacciatore. Al respecto, en un penetrante artículo sobre la nueva configuración de la “ciudad de los negocios”, Adrián Gorelik recuerda, por un lado, la operación de *modernización excluyente* llevada a cabo por el antes mentado Brigadier; el sueño de lo que Oscar Oslazki, citado por Gorelik, ha llamado “ciudad blanca” —sueño que, como hemos destacado, se replica en la operación Puerto Madero; pero por otro lado, destaca el modo que durante los años de Carlos Grosso en el poder se fue perfilando una nueva configuración urbana, un tipo de ciudad que al consagrar políticamente la *experiencia shopping* ha quebrado la relación entre lo público y lo privado y las maneras en que ésta garantizaba “la vida económica y política del artefacto ciudad”. Ver GORELIK A., “La ciudad de los negocios” en *Mindas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Bs. As., Siglo XXI, 2004, pp. 189-206.

⁶ En este sentido no deja de tener su lógica el tratamiento que a dichos conflictos le otorga esa verdadera empresa de empresas que busca gobernar el régimen de la opinión pública: el conglomerado de radios, televisoras y diarios más importantes, para quien el universo que supieron proponer esos derechos implica hoy una *rigurosidad*, tan áspera como inquietante a los efectos de la circulación líquida del capital.